



CAPÍTULO X

Se anuncia la llegada de Santa Anna y conozco á la sin par Anarda

SUÁREZ Navarro y yo fuimos á instalarnos á una casa de la calle de Balvanera, á la hospedería de las señoras Recachos, que servían conforme á los usos de Guadalajara y cobraban poco por la comida de sota, caballo y rey, la cama con ropa limpia cada quince días y la vela de sebo en candelero de azófar, con dotación de espabiladeras y pajuelas.

Como no tenía que hacer señalado, me pasaba las horas muertas en los mentideros reconocidos de librerías y tiendas, hablando de lo que hablábamos entonces todos los mexicanos, es decir, en primer lugar de política, después de política, y en último término de política.

Hoy se decía que los agiotistas se habían reunido para pedir á Santa Anna que reconociera cuatro millones de pesos de bonos clandestinos, expedidos en Londres en la época que Lizardi tenía la agencia.

Otro día se aseguraba que iría una comisión á proponer á S. E. el arrendamiento de las aduanas, casas de moneda, salinas, derechos de consumo, renta del tabaco y todos los arbitrios, rentas y emolumentos, mediante seiscientos mil pesos mensuales y la promesa de construir un ferrocarril á Veracruz; el gobierno tendría derecho á gastar en lo que quisiera sus dineros, y á los contratistas les asistía el derecho ineludible de pagar á la administración de justicia.

— Con lo cual, decía el bueno de Esparza, la justicia andaría siempre derecha en manos de esa compañía de las Indias.

No fué necesaria declaración ni decreto eligiendo á Santa Anna, para que se comprendiera que él era el destinado á hacerse cargo del cotarro. Ya se sabía que no podía haber sermón sin San Agustín, ni revolución sin Santa Anna. Por eso salían á luz los retratos del héroe, quitándoseles á toda prisa el polvo y las telarañas; se buscaba á los parientes de Santa Anna hasta el décimo grado, y se adulaba á sus ahijados, amigos y paniaguados con un ardor de que hay pocos ejemplos: Sierra y Rosso en Tacubaya, Alamán en su casa de la calle de Jesús y Pa-

checo en el Apartado, tenían sus cortes de solicitantes y admiradores.

Ya se hablaba de levantar arcos triunfales y de arreglar fiestas que rivalizaran en esplendor con las más lujosas que se hubieran hecho hasta entonces. Quién quería sacar la estatua que yacía arrinconada en una bodega de palacio; quién proponía se buscaran los restos del pie que se había enterrado en Santa Paula; quién procesar á todos los viles y procaces que se habían atrevido á hablar en contra de aquel lucero de oriente, de cuyos fulgores estábamos lejanos por nuestras grandísimas culpas.

Por esos días escribió Arriaga un famoso artículo con que el bueno de Castillo se chupaba los dedos. Se llamaba «Arcos triunfales», y era una buena muestra de la retórica de aquellos benditos tiempos. «¿Quién es Santa Anna? preguntaba. ¿Acaso es Licurgo, que viene de fructuosos viajes por oriente, donde aprendió la filosofía egipcia y las leyes cretenses? ¿Acaso es Solón, que viene á dar nuevas y sabias instituciones á su patria? ¿Acaso Alcibíades, que derrota á sus enemigos con tropas mucho menores en número de las que tenía el contrario? ¿Acaso es Colón, que contra los cobardes gritos de sus marinos, marcha al descubrimiento de un nuevo mundo? ¿Acaso Washington, acaso Bolívar, acaso Don Pedro el Cruel, acaso el Preste Juan de las Indias? Y después de resolver que no era ninguno de esos caballeros, concluía el artículo declarando

que Santa Anna no era sino lo que todos ya sabíamos: un sujeto que en su destierro sólo se acordaba del *perverso* Arista; de los cargos que le habían hecho y de la infamia de sus enemigos.

Sánchez se burlaba de Castillo sosteniéndole que esos no eran sino resuellos que por la herida daba *El Monitor*, falto de los ochenta pesos con que Arista había pagado sus servicios; porfiaba el otro, y todo terminaba con un *fosforito* en *El Cazador*.

A principios de Febrero nos desayunamos con una noticia: había nuevo Presidente de la República, elegido en reunión de amigos por tres de los que habían arreglado el pastel de los últimos convenios.

El mismo día vimos bajar á Lombardini del carruaje presidencial. *Chaparrón* y obeso hasta parecer redondo, el vientre insubordinado, la cabeza echada hacia atrás de manera que parecía querer divorciarse del cuerpo, la nariz afilada como cuchillo, los bigotes rubios y poblados, caídos como estandartes que no agita el viento, la pera boscosa y la melena de poeta. Completaban esta figura singular un vozarrón ronco y aguardentoso, de esos que dice la gente parece que llevan sus dueños una olla de tamales en la garganta, y un afán de lucir entorchados, charreteras, canelones, cruces y condecoraciones, que el hombre parecía un aparador de joyero.

Unas veces en la librería de Andrade, otras en el

cajón del *Arco Iris*, y otras en las afueras del *Puerto de Liverpool* ó de la *Ciudad de Londres*, discutíamos y resolvíamos todos los problemas pendientes.

Así supimos que el contingente del ejército aumentaba enormemente, que se levantaban á toda prisa batallones y escuadrones, que el gobierno nuevo no se las prometía muy felices en razón de que los departamentos le negaban la obediencia, y por fin, que Veracruz se había pronunciado contra el orden establecido, exigiendo el llamamiento de Santa Anna y el cumplimiento del plan de Jalisco.

Como dueños de nuestro tiempo y como dueño yo de algún dinerillo, nos divertíamos cuanto nos era dable, visitando los teatros, que en honor de la verdad no eran peores que los de ahora, ni carecían de atractivos en cuanto á espectáculos, concurrencia y mujeres. Había el lujoso Santa Anna, que acababa de ser rebautizado con el nombre de su antiguo patrono; el viejísimo Principal, gallera infecta, pringosa y oscura; Nuevo México, teatrillo muy cuco que había caído en manos de una compañía volante; el de Puesto Nuevo y algún otro jacalón con honores de coliseo que se abría hoy y se cerraba al día siguiente.

En Nuevo México estuvimos una tarde á presenciar la representación del apropósito *La prisión del sacristán ó las alcaldadas*, en que se refería la reciente aventura de Pablo

Morales. Este bribón, sacristán de la capilla del señor de Burgos, había hecho creer á los frailes y á las personas piadosas, que había tenido la fortuna de sacarse el premio gordo de la lotería de la Habana; y como debida acción de gracias á la Divina Providencia, se ofreció á costear un solemne triduo, que se efectuó en la misma capilla, diciendo el sermón nada menos que el obispo Madrid, que propuso á Morales como modelo de virtud recompensada. El pillo, que vivía primero á lo gran señor, no tardó en desaparecer, y cuando su falta se echó de menos, el capellán encargado de la iglesia y los perjudicados, que eran muchos, se dieron á todos los demonios por su credulidad, mientras los no conservadores se rieron de la invención y satirizaron grandemente á los otros.

La pieza no se distinguía por su gracia, ni por su forma literaria, ni por su excelente interpretación; no tenía más que oportunidad y alusiones picantes, y seguramente por eso el público era más numeroso todas las noches.

Una de ellas, al llegar, vimos á Juan Díaz ponerse pálido y pugnar por salirse. Nosotros lo detuvimos; pero al fin Sánchez comprendió la causa: en una platea se hallaba un grupo de que formaba parte la bella *liona*, que habíamos visto en Bucareli. Era mujer de hermosura altanera, vestida elegantemente, llena de gracia y de primor. No tan joven, pero más linda, era la señora que

la acompañaba, y que me dijeron pertenecía á la familia de los marqueses de Mendiola.

Por aquellos días había sufrido el pobre Juan la serie de contrariedades y de dolores que con tanto color ha referido en sus obras. Amó, y lo bur-



laron; rogó, y desoyeron sus querellas; cantó, y como recompensa le ofrecieron acíbar y cicuta. Una coqueta, una mujer de corazón duro, engreida con su posición, jugó con el pobre poeta, quitándole todo: amores, ilusiones, placer y porvenir. Iba á casarse y en compañía del novio se ostentaba en aquel palco linda y sonriente.

Juan, con artificio, apartaba la vista del lugar donde se hallaba su torcedor; pero, queriéndolo ó no, se volvía á ratos para encontrarse al cabo con el desprecio y la soberbia. Yo, por penetrarme del género de hermosura de aquella mujer singular, miraba continuamente al palco encantado, y acabé por fijarme en la preciosa y exuberante dama que acompañaba al tormento adorado de Juan.

Nunca he visto conjunto tan hermoso y tan atractivo. Vestida de terciopelo negro, tocada admirablemente, de ademanes señoriles y aristocráticos, llamaba la atención de todos y á todos encantaba por su regio y admirable porte.

Al mirarla creí notar que ella se fijaba en mí con interés; deseché esa idea como una necedad, y queriendo hacer la prueba de nuevo, observé si se repetía lo que había notado con tanta extrañeza. Al cabo la función concluyó, y me pareció que nuevamente me veía con interés la señora, mientras un caballero de bigote engomado y frac á la Van Gool le daba el brazo para salir del palco.

Para no llamar á esa desgraciada y sin par mujer con su nombre verdadero, la llamaré *Anarda*, que fué como la confirmé en multitud de romances, cuartetos y octavas que llegué á escribir andando el tiempo. Anarda, pues, antes de subir al coche no me miró, sino que dijo en voz muy alta:

— Se conoce que son poetas por lo melencólicos, aunque uno no lo parece, porque se viste como las personas.

Comuniqué estas cosas á Sánchez, que me acompañó hasta mi casa, y entonces, enseriándose, el bueno del estudiante me habló así:

— En verdad te digo, oh Juan Pérez, que tienes razón

en vivir tan engreído con tu guapeza y buena suerte: tiempo hacía que no paseaba por estas fétidas y mexicanas calles un mozo de tus prendas, y más tiempo hacía que no se encontraba un caso de fortuna igual al tuyo. Es comprensible, pues, que pierdas la cabeza imaginándote que puede morir por tus pedazos, hasta la infanta Miconona; pero no es natural ni comprensible que tus amigos te dejen poseído de tan graciosa locura. Sabe, oh Juan de mis culpas, que la señora que dices te ha mirado de tan significativa manera, es nada menos que la esposa de don Juan Ruiz de Esparza, riquísimo propietario, amigo íntimo del señor Santa Anna y propuesto para representante nuestro, no sé si en Lisboa, Madrid ó Viena. Cierto que la dicha dama ha dado que hablar de su conducta: cuando la güera Rodríguez daba sus inolvidables reuniones, se murmuró de si esta bella, que entonces se hallaba en el *diez y...* de los años, había ó no tenido que ver con el guapo Pancho Rumblares; cuando don Anastasio fué Presidente y tuvo por ayudante al coronelito Antúnez, hubo no sé qué habladurías poco edificantes acerca de la misma y hermosa señora; pero esas cosas pueden no pasar de díceres sin substancia, pueden ser de esas mentirillas que, amparadas por la maledicencia del crédulo vulgo y toleradas por la necedad de la gente de razón, contribuyen á manchar reputaciones limpiísimas y á derribar honras bien cimentadas.

Me reí tomando á broma que yo pensara formalmente en fortuna tan inaudita, y Sánchez elogió esa moderación mía, pues otra cosa habría indicado en mí falta de síndrome, de que el joven médico no quería pensar que careciera.



CAPÍTULO XI

Se presenta la persona de Nicolás Cuevas,
personaje muy principal en esta verdadera historia,
y emprendo viaje á Cartagena

No sé cómo se extendió la noticia de que yo tenía hueso que roer, pues al husmo de esa nueva ocurrieron en bandadas gentes que yo había visto contadas veces en mi vida, ó á quienes no había visto nunca.

Uno alegaba parentesco, otro antigua amistad con mi familia, el de más allá conexiones comunes, y el otro admiración inspirada por mis méritos peregrinos. Entre esos amigos improvisados, ninguno más asiduo que Nicolás Cuevas, que ejerció, queriéndolo ó no, grande influencia en mis cosas, como se verá por la obra.

Una mañana vagábamos por el embarcadero del

Puente de Roldán, los tres inseparables, Sánchez, Covarrubias y yo, cuando topamos con un muchacho trigueño deslavado, de ojos verdes, nariz chata, sombrero en el occipucio y traje hecho garras por el uso continuo. Cuando menos lo pensamos, el perdis aquel echó los brazos al poeta, diciéndole entre jipíos:

—Juanito de mi alma, te conozco aunque tú no me conozcas; soy Nicolás, Nicolás Cuevas, tu paisano, tu amigo, tu hermano, tu...

Covarrubias se quedó parado, y al fin, juzgando al Periquillo aquel un tramposo de los que se valían de sorpresas para robar ó *pegar chascos*, lo rechazó con buenos modos. No se desconcertó mi hombre, sino que se dirigió á Manuel, luego de excusarse con el jalapeño, y nuevamente con las lágrimas en los ojos, le dijo:

—Dispensa, Juan de mi alma, que no te hubiera conocido; pero estás cambiadísimo con esa pera, esos bigotes negros y esa melena. Debí distinguírte entre mil, pues eres el vivo retrato de mi padrino don Andrés, que santa gloria haya.

Antes que yo respondiera, el médico en ciernes dijo al desconocido:

—Pues, amigo, sigue usted equivocándose, porque precisamente el único que no es Juan en la reunión, es su servidor.

—Ah, eres tú, dijo abrazándome tan fuerte, que á

punto estuvo de romperme una costilla; bien te debí conocer, pues poco has mudado de rostro: esos bucles rubios, ese color blanco, esa cara de angelito, son la combinación de los rostros de mi madrina doña Micaelita y de mi padrino don Andrés, que Dios tenga en los cielos... Ah, ¿conque no ha muerto mi padrino? ¡Cuánto me alegro!... créemelo que me alegro de veras... Yo te saludé con esa tontería, porque me la contó, me la contó... ¿quién me la contó? Ah... sí, me la contó Ramón Martínez; no, no fué Ramón. ¿Quién sería? Ah, sí, ya sé: en fin, no recuerdo; no quiero mentirte... ¿Conque tú ya metido en la política, y propuesto para ministro, gobernador ó no sé qué? Pues créeme que no me extraña; ¿cómo me había de extrañar si te conozco, si te he visto desde chiquito, desde que eras así?... Créanmelo, caballeros; en Tlaxochimaco no ha habido muchacho más listo que este *güerito* que están viendo... Dejaba lelos al señor cura y á los padres del convento... Acabó la escuela cuando tenía... ¿Cuántos años tendrías?... Tendría diez años, y ya ven ustedes si es acabar pronto... Porque con el *maistro* Ruiz no había contemplaciones; al que no sabía, *monda* á calzón quitado... Pero ustedes venían entretenidos y ya los interrumpí; dispénsenme que los haya molestado... Adiós, señor de Sánchez... Adiós, señor Covarrubias; ya nos conocemos, es decir, ya le conozco á usted. ¡Qué versos nos echa en el teatro y qué cosas le dice á su novia! Yo afirmo que

ni Prieto, ni Escalante, ni Calderón le dan á usted á los tobillos ni sirven para descalzarlo... Sólo los que no tengan alma sensible podrán dejarse de conmovier con aquello de

Si desde entonces de mis crudas penas
En la deshecha tempestad sombría;
Has sido tú la estrella que me guía,
No me abandones, hechicera, no.
Ámame, que la hoguera de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frío,
Quien te arrojó, mujer, al lado mío,
Para que me adoraras te arrojó...

— Pero si no son míos esos versos; si son de Zamacona, un muchacho de Puebla...

— Ah, de Zamacona, usted dispense, estoy volado. De usted es aquello de

¡Espíritu que extiendes sobre el mundo
De tu furor la túnica sombría!
¡Tú que en la sangre de tu pueblo impía
Anegaste los ídolos de Aarón!
Siempre entre luto te contempla el hombre
Y envuelto siempre en funerario velo,
Ya lanzando tormentas desde el cielo,

Ya dictando tu ley en Sinaí.

Oh, Dios de los ejércitos...

— Eso, interrumpí yo, es de Bermúdez de Castro.

— Cabal, tienes razón; de Bermúdez; ¿pero dónde tengo yo la cabeza que digo tamaños despropósitos? Ríanse, ríanse ustedes, porque estoy fatal. Conque de Bermúdez... Debí figurármelo; si no conozco á otro poeta que á Salvador Bermúdez... Pero ya me marchó y no sigo molestándolos... Por allá te voy á ver, Juanillo; por allá te caigo...

Y se despidió. Reímos un buen rato á costa del truchimán y regresamos á nuestras casas; pero en la puerta de la mía ya me aguardaba aquel moscón insoporable.

— ¿Dices que mi padrino está bueno? Pues lo celebro, mucho lo celebro; mientras mejor esté ese justo, ese santo, ese espejo de los hombres rectos, es mejor para todos, porque indica que la bondad tiene siquiera la ventaja de durar mucho... ¿Y qué sabes de la tierra? Yo acabo de ver aquí á Florentino Badía, y dice que no hay allá novedad... Ah, sí, hay algo, el próximo matrimonio de Trini Torres con Buenaventura Ortiz, el hijo de don Pánfilo Ortiz. Era natural; el dinero se va al dinero... Y dicen que la muchacha está *chula* como un peso chinito. Pues Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

— ¿Qué dices? le pregunté con violencia. ¿Quién se casa?

— Ya lo oyes, ya lo sabes; Trini, la hija de tu padrino, la primorosa criaturita aquella que conoces bien.

Horrorizado quedé con aquella nueva, y entonces recordé que ni de ella ni de nadie había vuelto á tener noticia desde mi salida de Guadalajara: las tropas sitia-



doras habían detenido la correspondencia en Zapotlanejo; y aunque había dejado dispuesto me remitieran todo á México, nada había recibido.

Con la muerte en el alma, escribí en seguida una larga carta, pidiendo datos y explicaciones, y resuelto á averiguar aquello que se me figuraba falsedad insigne.

Por la tarde presenté á mi paisano con Suárez, que se quedó encantado al ver un tipo tan zalamero y complaciente.

— Llévele usted con Legarde, me dijo, y recomiéndelo de mi parte.

Y como entonces nuestros bonos corrían con extraordinaria estimación, cátrate á Nicolás Cuevas de jefe de diurnos, con cincuenta pesos de sueldo y buscas. ¡Vaya si debía estar contento quien no tenía el día anterior pan que llevar á la boca!

Al llegar á mi casa, donde habían pagado los dos reales que enteraba el que recibía la carta, me encontré una cuya nema rompí impaciente y que decía al pie de la letra:

«TalsochiMaco; hen Ero cuatro de mi lochosientos sinquenti 3.

Ceñor Don guan Perez de lallana mi cerido ermanito guan; llo mialegrare quial tomar esten tus hapersiables manos tiayes con caval salú en copañía deceñor don guan tu Vienechor hacien saludas de miparte la ce nosotros josamos en güena, Alabado siadios. Pues guan el ocjeto, de ponertesta essaludarte idarte; la Mala nueva que nuestro Pader gesus ade cerer no sia berda: que trinitores bacasarsel mesce biene conbonabentura el Dueno de lestancia acien tuconoses Bien no me justa cerpuerto demalas nuevas, pero si luavias de saver por otra voea vale Mas ce telo quente yo. Lles cuanto tedise tuermanace te quiere y berte desia.

Toriviaperes. »

Me quedé suspenso, parado, sin saber qué hacer ni á qué santo encomendarme. Pensé mil cosas, todas ellas extravagantes: pensé marcharme al pueblo, escribir á don Crescencio, matar á Buenaventura, matar á Trini, acabar con todo.

Cuando más caviloso me encontraba, sorprendiome un ayudante de Suárez diciéndome que me llamaba el grande hombre. El maestro ocupaba ya un magnífico departamento en el hotel de la Gran Sociedad, y vivía con boato principesco: las botas torcidas, la melena á lo poeta, los anteojos con varillaje de acero, habían desaparecido, y don Juan, que esperaba nada menos que la breva del Ministerio de Guerra, estaba convertido en un positivo *fashionable*. Malas lenguas decían que se le habían quedado en las manos algunos dinerillos, producto de la entrada de mercancías en San Blas, dineros que habíamos recogido en nuestra calidad de tutores de la revolución de Jalisco; pero éstos no eran, como decía el bueno de don Juan, sino *diptongos* que le levantaban.

Ya me aguardaba en unión de un caballero alto, canoso y de buen porte, el coronel don Manuel Escobar, que me miró con curiosidad tan pronto como hube llegado.

— Aquí le tiene usted, coronel y amigo; este es el muchacho de quien le había hablado y que pongo á sus órdenes. Va en calidad de prestado y le ruego le dispense la misma confianza que á mi propia persona.

El coronel me trató con agasajo y me dijo que estuviera listo, pues al día siguiente teníamos que partir para Veracruz.

Con pasividad militar manifesté estar conforme; pero cuando me retiraba para hacer mi hatillo, Suárez me detuvo diciéndome tenía necesidad de mi presencia.

— Usted, me dijo, va con este señor algo más lejos que á Veracruz: va á Cartagena á hablar al señor General Santa Anna y á presentarle una carta mía en que le marco sobre las íes los puntos que necesita conocer. Los mochos recalcitrantes, Alamán, Basadre y socios, mandan á este mamarracho en misión confidencial, y de seguro lo han de haber provisto de papeles en que aseguran al General que nada es posible hacer si no cuenta de antemano con toda la *conserva*. Nosotros vamos á probarle que si ha de gobernar á derechas, necesita también de los liberales, entre quienes se halla lo poco que piensa en el país. El plan de usted debe ser no dejar á solas á Escobar con el señor Santa Anna, y si es posible hablarle usted mismo para hacerle presentes los trabajos que tuvimos antes de conseguir que se le aceptara después de la revolución de Guadalajara... Pero no, ni usted se atreverá á tanto, ni tiene autoridad para ello... Ya usted conoce estas cosas y sabe lo que convenga más; que al fin se la darán á usted por otra cosa, pero no por falta de listura.

Aquella noche ya dormí en la casa de diligencias, y á las tres de la madrugada, con un frío digno de la retirada de Rusia, salimos para Puebla. Tuvimos la fortuna de que no nos asaltaran los ladrones en el barrio de San Lázaro, y de que el coche no se volcara en las calles de México, y llegamos al Peñón Viejo cuando comenzaba á amanecer. El camino hasta Ayotla iba por en medio de los lagos; pasamos Venta de Córdoba, penetramos en el monte de Río-frío, y á las doce estábamos en la Venta, célebre por sus depredaciones. San Martín y Cholula pasaron sin novedad, y al caer la tarde entrábamos en Puebla molidos y maltrechos. No tuve tiempo ni de ver las iglesias famosas, ni de familiarizarme con las pinturas de la más linda escuela mexicana, que adornan la hermosísima ciudad: más tarde había de hacer en esa preciosa tierra larga estancia, que me había de dejar memoria imperecedera, y quien siga leyendo estas pobres páginas, quizás conocerá por menudo tales cosas.

Al día siguiente, de mañana, salimos de la ciudad de Benavente y Palafox, y dejando atrás á Amozoc y Nopaluca, llegamos á las seis á Perote. Las cuatro señalaban nuestros relojes cuando salimos del mesón legendario, y las seis serían cuando bajábamos la cuesta de San Miguel del Soldado.

Mil veces he visto descrito ese paraje encantador; pero ninguna he encontrado que dé idea de aquella

naturaleza exúbera, de aquel murmurar de las fuentes, de aquel rugir de las cataratas, de aquel piar de los pájaros, de aquellas montañas que parecen tocar el cielo, de aquel cielo que parece destinado á harmonizar sus tonos con los de las ingentes serranías.

Pasamos Jalapa y la dejamos atrás con sus líquidambares, con sus huertas, con sus árboles, con sus flores y con sus mujeres; atravesamos el Puente Nacional á toda prisa, asombrándonos de aquella obra de la arquitectura colonial; y á las doce de la noche entramos en la heroica Veracruz. Al otro día tomábamos en el *Trenton* pasaje para Nueva Granada, sin querer exhibirnos, á fin de que no se averiguara la causa de nuestra partida.

